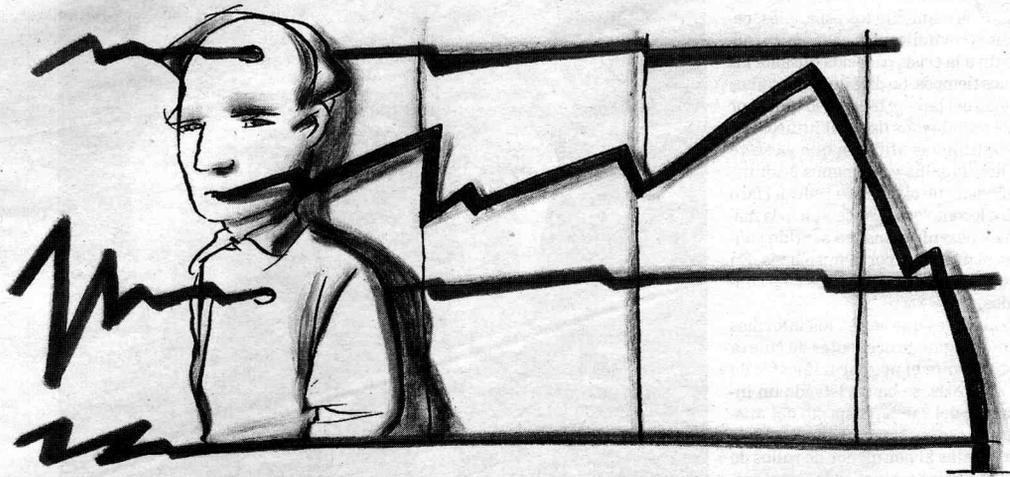


# ¿Por qué la llaman crisis cuando deberían llamarla estafa económica?

JOSÉ G. HERVÁS SÁNCHEZ Y ALBERTO FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ

**C**UANTO más nos aclaran los expertos las causas del vendaval económico que estamos viviendo, los menos iniciados no podemos llegar sino a la conclusión de que hemos sido víctimas de un «gran engaño», como titula uno de sus libros el último premio Nobel de Economía, Paul Krugman. En otras palabras, de una gran estafa financiera a gran escala. Y esto es así porque, en el origen de todo, hay una cuestión sin responder: ¿por qué los bancos daban hipotecas a personas que sabían, con casi total seguridad, que no las podrían devolver, o sea, hipotecas-basura? Y la respuesta es que diseñaron un producto financiero que vendían en el mercado bursátil (titulización de las hipotecas) disfrazando su contenido de derivados, estructurados, etcétera, para endosar el riesgo a los compradores (que podían ser otros bancos o inversores de todo tipo). Estos son los famosos 'activos tóxicos' que parecen tener infestados a todos los bancos. Así fue el origen de todo, pero la nueva pregunta es: ¿se trata de la conducta irresponsable de unos pocos llevados por la codicia y la ambición desmedida? Y la respuesta es que unos pocos no habrían puesto la economía mundial en el riesgo de hundimiento en el que está. De lo que se trata es que acumular riquezas en el más breve plazo posible es la norma máxima por la que se rige ese sistema de valores. Así lo denuncia Ángel Cabrera, que fue encargado por Naciones Unidas de redactar los Principios de Educación Empresarial Responsable: «Sabemos a ciencia cierta que el número de direc-



tivos irresponsables ha sido suficiente como para tumbar el sistema financiero global». Y todos ellos procedían de escuelas de negocios donde imperaban unos «sistemas de valores inadecuados e incluso perversos», con definiciones de la empresa como «un artilugio financiero cuyo fin último es la generación de beneficio económico». Con estas ideas, los consejos de administración de bancos, financieras, grandes corporaciones, etcétera, aprobaron incentivos económicos desproporcionados a sus directivos, y estos, aumentando ficticiamente el valor de las acciones con artilugios contables, como sacar fuera

de balance ciertas pérdidas, se embolsaron grandes premios, «incluso si ello conllevara tomar decisiones que sabían que eran dañinas para sus clientes y creaban un riesgo público de consecuencias incalculables».

A esto se puede añadir que los mecanismos de autorregulación que podían haber actuado, representados en el ámbito privado por las firmas auditoras y las agencias de calificación, «se prostituyeron al servicio de quien las pagaba, y en lugar de detener la espiral de irracionalidad han entrado a formar parte de la misma» (J. Zambrana). Un enorme tinglado de corrupción y estafa financie-

ra que anidaba en el corazón del sistema económico global.

Y cabe preguntarse aún algo más: ¿cómo pudo nacer y crecer este engendro que amenaza con arruinar el mundo? Y la respuesta que nos parece evidente es que las ideas políticas del neoliberalismo son las responsables de este monstruo. ¿Recuerdan la frase «el Estado no es la solución, es el problema», que resume ese ideario? Por consiguiente, se decía: nada de intervención pública, nada de regular los mercados. La mano invisible del mercado lo arreglará todo, la desregulación es siempre la mejor política.

**E**N las últimas semanas, los medios de comunicación social se han hecho eco de las reacciones que suscita en el mundo universitario español la aplicación del Proceso de Bolonia, la creación de un Espacio Europeo de Educación Superior (EEES). La iniciativa arranca de la Declaración de Bolonia que en 1999 firmaron, precisamente en dicha ciudad —sede de la Universidad más antigua de Europa—, ministros de Educación de 29 países europeos, que ha sido suscrito posteriormente por otros 18 y que estará plenamente vigente en el año 2010.

Las facultades de Teología de Europa, sus estudiantes, docentes y gestores, están inmersas en dicho proceso en virtud de la firma de adhesión por parte del Estado del Vaticano en 2003, coincidiendo con la reunión de ministros de Educación en Berlín.

La pregunta que dirige nuestra reflexión en torno al Plan de Bolonia puede plantearse así: ¿qué podemos aportar las facultades de Teología a las preguntas que el hombre de hoy, en búsqueda de la verdad, se hace, inmerso en un mundo enormemente tecnificado, y que desea superar barreras y fronteras? Me parece que la cuestión podemos abordarla a partir de tres grandes rasgos que definen este Plan Bolonia.

En primer lugar, quizá conviene que en las facultades de Teología se reflexione sobre el cambio en la organización universitaria que el plan supone. Se revisan los catálogos de titulaciones, se opta por un sistema de grados (grado, con un carácter más general, y postgrado, con una coloración más es-

## Bolonia y las facultades de Teología

M. JUNKAL GUEVARA LLAGUNO FACULTAD DE TEOLOGÍA DE GRANADA

pecializada que mira a la orientación profesional específica o al doctorado), se diseña el suplemento europeo al título (una especie de currículo detallado de las asignaturas cursadas por el alumno).

Sería oportuno que en las facultades de Teología se examinasen las asignaturas que se impartirán en el grado: si responden al perfil de unos estudios de Teología a la altura de los tiempos, si la oferta debe enriquecerse con materias complementarias o asignaturas que puedan suscitar el interés de alumnos de otras especialidades... Sería conveniente reflexionar sobre los nuevos perfiles de los alumnos de Teología, que han dejado de ser principalmente candidatos al sacerdocio o la vida religiosa, y han dado paso a un porcentaje importante de laicos que se matriculan, desde luego por un deseo de saber dar razón de aquello en lo que creen, pero también porque el mercado de trabajo demanda profesores de religión, coordinadores de pastoral o animadores de la fe, con una capacitación profesional competente.

Parece necesario también pensar los postgrados y revisar las tradicionales licencia-

turas, quizá excesivamente especializadas y por esa razón difíciles de asumir por todas las facultades, o de poco interés para alumnos con nuevos perfiles, o poco interdisciplinares... Pero urge también que las facultades de Teología, conscientes de su responsabilidad social y eclesial, se unan a aquellos docentes y estudiantes que luchan reivindicando la presencia y el valor de las Humanidades, más allá de criterios puramente economicistas, que priman una determinada concepción de lo que la competitividad y la utilidad significan. Urge que insistan en la necesidad de formar personas y no sólo trabajadores.

Por otro lado, creo que las facultades de Teología han de reflexionar también sobre el nuevo sistema de cómputo de la actividad académica. Se pasa de un sistema y una metodología centrados en la actividad del profesor y en tareas presenciales unidireccionales, de clara inspiración conductivista, a un sistema de corte cognoscitivista, que mira al trabajo del alumno, a su necesidad de 'aprender a aprender', y que entiende la educación como un proceso en el que el estudian-

te está totalmente implicado en la construcción y la gestión del conocimiento. Conviene que las facultades de Teología, que quizá han estado poco atentas a la innovación docente, que dada su sujeción a la autoridad eclesial han mantenido excesivas inercias en lo que a planes de estudio se refiere, se lancen de lleno a la revisión que un aprendizaje basado en las competencias supone. Qué conocimientos teológicos deben privilegiarse en esta Europa del siglo XXI; qué instrumentos deben ponerse en juego: uso de tecnologías de la información y la comunicación, técnicas de comunicación, idiomas, inmersión en realidades de contraste... Qué valores deben primarse en una sociedad del conocimiento: los aprendizajes cooperativos, la transmisión gratuita de la información, la primacía de los más desfavorecidos...

Por último, me parece que las facultades de Teología tienen que aprovechar la creación de un espacio único de educación superior para reflexionar sobre distintos retos que la convergencia les está planteando. En primer lugar, la necesidad de superar las barreras que, entre los estudios de Teología y los de los demás saberes, se levantaron en 1852, cuando los estudios de Teología salieron de la Universidad pública española. Es el momento de aceptar el reto de una investigación y docencia de condición interdisciplinar. Además, en una sociedad cada vez más multirracial, multicultural y plurilingüística, los límites que acotan los campos de conocimiento y que impiden el flujo de la investigación se convierten en señales de ma-